

CINCUENTA LECCIONES  
DE EXILIO Y DESEXILIO



**Gustavo Pérez Firmat** (La Habana, 1949) ocupa la cátedra David Feinson de Humanidades en Columbia University, EEUU. Es autor de una docena de libros de crítica y de creación, entre ellos *The Last Exile* (2016), *A Cuban in Mayberry* (2014), *The Havana Habit* (2010), *Tongue Ties* (2003), *Vidas en vilo* (2000), *Next Year in Cuba* (1995), *Life on the Hyphen* (1994; 2012) *The Cuban Condition* (1989), *Equivocaciones* (1987). En 2015 Hypermedia publicó una edición actualizada de *Vidas en vilo*. Su página web: [www.gustavoperezfirmat.com](http://www.gustavoperezfirmat.com)

Gustavo Pérez Firmat

CINCUENTA LECCIONES  
DE EXILIO Y DESEXILIO



De la primera edición,

© Ediciones Universal, 2000

De la presente edición, 2016

© Gustavo Pérez Firmat

© Hypermedia Ediciones

Hypermedia Ediciones

Infanta Mercedes 27, 28020, Madrid

Tel: +34 91 220 3472

[www.editorialhypermedia.com](http://www.editorialhypermedia.com)

[hypermedia@editorialhypermedia.com](mailto:hypermedia@editorialhypermedia.com)

Edición y corrección: Hypermedia Servicios Editoriales S.L

Diseño de colección y portada: Hypermedia S. E., S.L

ISBN: 978-1530031924

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

*A los cincuenta años el hombre comienza  
a vivir de su pasado.*

Juan Ramón Jiménez

*Ya no fui lo que soy.  
El lenguaje me mata.*

Octavio Armand

Al llegar a cierta edad —cumpló cincuenta— podemos empezar a tomar y medir distancias. La vida sedimenta su cauce, sus causas. A veces todavía me altero, pero la vida —mi vida— es inalterable, lo cual me permite contemplar el devenir (y tal vez el porvenir) cubano con incierta indiferencia. Cuba me toca, pero no me *tangere*. Cuba me sacude, pero no me agarra.

Cambiar de cauce, de casa, implicaría desaprender lo que sé, lo que he sido: desaprender el inglés y desprenderme de lo norteamericano: conjurar este extranjero que soy y que no soy.

No es imposible, pero tampoco es posible.

Al regresar a su patria tras una larga estadía en Estados Unidos, el protagonista de un cuento de Calvert Casey, «El regreso», queda impresionado por la capacidad de los habaneros de «saber estar». Después de un exilio de cuarenta años, durante el cual se ha desvanecido poco a poco la esperanza del regreso, he aprendido a saber no-estar y a estar sin saber. Es una

lección que no quisiera olvidar, por si las moscas (por si los Moscú). Estar sin saber es un consuelo. Saber no estar es una protección.

Como esta, las lecciones de exilio y desexilio son consuelo y protección.

Con Cuba. Y contra Cuba.

Escribir «mi país». La frase me causa resquemor porque me pregunto si tengo derecho a usar el posesivo.

Me preocupa que alguien me desdiga, o que me desdiga yo mismo, inadvertidamente. Para un exiliado de cuatro décadas decir «mi país» es insertarse de golpe en la historia después de vivir media vida intentando esquivar el impacto.

Afirma Heberto Padilla que «la historia es el golpe que debemos aprender a resistir». El exilio, o por lo menos este exilio, ha sido un *feint*, un *clinch*, un gesto defensivo para eludir el gancho de la nacionalidad y el *uppercut* de la historia. (Acudir al inglés, como acabo de hacer, forma parte de esa táctica de defensa.)

En mis libros nombro a Cuba obsesivamente y sin embargo me cuesta trabajo escribir «mi país». Cuba se ha convertido en otra cosa: un ámbito, un ambiente, un lugar sin límites que pueblo con palabras, imágenes, fantasías, obsesiones, fantasmas, mentiras.

Los cubanos de verdad también mienten, pero sus falsedades se revisten de geografía— de calles y lomas y



árboles y adoquines y fachadas y pasquines y tardes de sol. A la Cuba que llevo dentro la ilumino solo yo solo, con luz artificial.

¿Será este el famoso «sol de los desterrados» que brilla en todos los cielos? Dijo alguien: «El viaje humano consiste en llegar al país que llevamos descrito en nuestro interior».

Cuba: mi espacio; Cuba, mi país.

*Desconcierta la vida larga ausencia.*

Cervantes

A los cincuenta años el destierro se convierte en destiempo. Por eso no creo en el regreso, porque se ha transformado en una intransitable regresión.

En su juventud, el exiliado le apuesta al tiempo. Confía en que, con el tiempo, el destierro será redimido por el regreso. De ahí aquel brindis tantas veces repetido por los exiliados cubanos: «El año que viene estamos en Cuba». Sin embargo, a medida que el exiliado envejece, el tiempo, antes su cómplice, se le vuelve hostil. Empezamos a perder el tiempo, por así decirlo. Empezamos a sentir una falta de sincronía entre el tiempo de nuestras vidas y el tiempo de la historia. Nuestro tiempo, en el sentido histórico, ya no coincide con nuestro tiempo, en el sentido vital. Cuando esto sucede, en vez de vivir con tiempo, a tiempo, vivimos a destiempo.

Para el exiliado, el destiempo, la destemporaneidad tiene repercusiones que van más allá del no estar al día,

del despiste o el desinterés, ya que altera la definición misma del exilio. Envejecer en el exilio es también el envejecer del exilio. Como nosotros, el exilio tiene sus edades: su juventud, su madurez y su tercera edad. Y si hay achaques de la edad, también hay achaques de la edad del exilio, que nos dejan marcas no tan visibles, pero no por ello menos reales. Cuando el exilio dura por décadas deja de ser un estado pasajero para convertirse en una condición crónica. Crónica en ambos sentidos: una condición sujeta al tiempo y tan irreversible como el propio envejecer.

Es como si la edad de mi exilio se fuera aproximando más y más a mi edad, de modo que algún día mi exilio y yo tendremos la misma edad. Ese día, el niño que vivió en el Reparto Kohly en La Habana y asistió a La Salle del Vedado habrá desaparecido por completo. Ese día seré solo exilio. Seré alguien que sabe que ha perdido algo pero que no sabe lo que es porque la época antes de la pérdida ya no existe.

Así es como se presentan los síntomas de un exilio crónico, duro por duradero. No es mero juego de palabras decir que el exiliado crónico es también un exiliado anacrónico. Después de tanto tiempo, lo que ya no se tiene se confunde con lo que nunca se tuvo, y lo que fue nostalgia se experimenta como melancolía.

Me rodeo de libros escritos por autores cubanos, me dedico a leer solo en español (lo cual quiere decir, además, leer solo en español), y al cabo de unos días o semanas me entra la asfixia. Para respirar hondo, tengo que forzar un suspiro o un bostezo, como si mis pulmones funcionasen a plenitud solo en la melancolía o el sueño. Entonces extraño el inglés como el ahogado añora el oxígeno.

Esa incapacidad de plantarme en el idioma español es síntoma de destiempo. El inglés me entrega una palabra afín —*distemper*— en la cual descubro su correlato afectivo; *distemper* es mal humor, pero más generalmente designa un estado de desorden corporal o mental, algún impreciso malestar, como el de no saber ubicarse en un idioma. La traducción al español, «destemplanza», marca la frontera entre el bienestar y el malestar, entre el frescor y la fiebre, y por ello también dibuja la sintomatología del destiempo. Bajo «destemplanza» el diccionario trae, entre otras acepciones, «desigualdad de tiempos», frase que termina siendo la mejor definición de las consecuencias de un exilio crónico y febril. Mientras haya desigualdad de tiempos, no habrá regreso. Habrá destiempo, *distemper*.

Gracián, en el *Oráculo Manual*: «No tenemos cosa nuestra sino el tiempo, donde vive quien no tiene lugar».

Hoy por la mañana reconfiguré mi despacho, moviendo el escritorio, el butacón, las mesitas, la lámpara. Esta tarde, cuando me siento a leer, en vez de ver los estantes de libros, casi todos en lengua inglesa, miraré hacia los árboles. Mis hijos me dicen que el butacón frente a las ventanas les recuerda un cuento donde el protagonista se sienta, despreocupado, a leer sin tino su destino en una novela. Me alegra que para ellos, también, la vida se confunda con la literatura. Según Derek Walcott, para cambiar de idioma es preciso cambiar de vida. Ensayo un procedimiento menos doloroso: mover los muebles.

Sentado en el butacón que me acompaña hace más de veinte años y que ha asistido a la escritura de un puñado de libros en inglés, empiezo a escribir, a desvivir. Me doy cuenta de que ahora lo que tengo que hacer es cambiarles de nombre a los árboles que observo por la ventana. He creído que los objetos, igual que las personas, igual que los lugares, tienen una nacionalidad. Las cosas que conforman mi entorno llevan sus nombres

a cuestras y esos nombres las arraigan en un idioma. Ese roble a diez metros de mi ventana, es un *oak*; el empinado tronco que le hace pareja, es un *pine*. Tendré que arrancárselos, Adán de nuevo, para bautizarlos en español.

De ahora en adelante al entrar a mi despacho, que ya no es *my study*, al sentarme en el butacón, que ha dejado de ser *my reading chair*, y al contemplar el bosque, que nunca más llamaré *the woods*, tendré que mirar en español. Suelo citar una frase de Elías Canetti que leí en inglés: *A language is a place*. En adelante, la citaré en español: «Una lengua es un lugar». Me suena mejor en inglés, aunque tal vez sea solo por la costumbre. La verdadera dificultad estriba en convencerme de que la fórmula inversa es falsa: un lugar carece de lengua. Que puedo imponerle cualquier lengua a cualquier lugar, a cualquier hogar.

En uno de sus «Ejercicios de exilio» Jorge Pantoja dibuja un tronco delgado con unos gajes sin hojas. La palabra exacta para describir la impresión que produce el dibujo existe solo en inglés: *bare*, que es más y menos que desnudez, porque la desnudez puede ser plenitud. Lo *bare*, lo *barren*, es páramo, sequedad, vacío. El tronco, roto por ambos extremos, está en posición horizontal. Cancelada su natural verticalidad, yace como un cuerpo o como un guión, un *hyphen*. En su extremo izquierdo, para suplir la ausencia de hojas o raíces, una palabra: Solo. En el otro extremo, otra palabra, escindida por un gaje, vírgula virtual: Me/moria. ¿Solo memoria? ¿Solo me moría? ¿Solo me moría? Los tres.

En el *loop* de la destemplaza circula otra palabra, *intemperie*, que el diccionario también define como «desigualdad de tiempos», aunque su uso más común sea indicar un ambiente atmosférico inclemente. En este sentido la palabra también describe la situación del exiliado, quien ha perdido o abandonado el abrigo de su patria y de su idioma. Residir en el exilio es sobrevivir a la *intemperie*, exponerse a los rigores de un tiempo ajeno. El exiliado busca un techo que lo ampare del tiempo, en ambos sentidos, aunque sabe que su empresa es vana: contra el tiempo no hay morada. Imposible demorar el tiempo.



Creando que no puedo servir a dos gramáticas a la vez, siento la obligación de escoger entre el inglés y el español. Quisiera anclarme en un idioma como si fuese un cuerpo o un puerto. Las palabras tienen peso y espesor, y es difícil hallarles cabida en el mismo lóbulo al enorme Webster y al descomunal Sopena. Por lo menos, lo es para mí. El plurilingüismo es un fenómeno harto común. Las literaturas occidentales abundan en ejemplos de escritores que han cultivado más de una lengua. Aunque admiro inmensamente a esos seres, para mí excepcionales, que hablan o escriben más de un idioma sin malestar o daño aparente, carezco de ese talento.

Gagueo en mis dos idiomas. Siempre recuerdo que Juan Ramón Jiménez nunca aprendió inglés porque tenía miedo de que el mal inglés fuera a estropear su depurado español.

Pero ahora empiezo a darme cuenta de que la madurez quizás consiste en no sentirse obligado a escoger, en aceptar que al repartirme entre lenguas cada una se vo-

latiliza un poco, se convierte en ancla leve. Viviré una temporada en español, hasta que me entre la añoranza del inglés, y entonces levaré ancla. Me pasará una temporada navegando en inglés, hasta que me entre la coñez del español, y entonces levaré ancla otra vez. Si hay vientos de través, aprenderé el arte del zigzag.

Lo que sí me parece inmaduro, por inútil, es intentar aunar los dos idiomas. La mezcla del español y el inglés, el *Spanglish*, de momentos puede resultar divertida o delirante, y nada impide que un idioma recoja palabras o giros del otro. Pero la mezcla a partes iguales termina devastando los dos idiomas sin por ello engendrar un tercero. En los poemas en *Spanglish* —en los míos, por ejemplo— los dos idiomas no se acompañan: se maltratan, se agravian. No se juntan, se pegan. No se adhieren, se hieren. Entablan una lucha a muerte que acaba matando la poesía.

De las muchas razones que alguien puede tener para desplazarse de la lengua materna a la lengua alterna, una de las más poderosas es el rencor.

Escribir en inglés es o puede ser un acto de venganza —contra los padres, contra las patrias, contra uno mismo. Siempre me ha parecido que la afición a los juegos de palabras bilingües es un síntoma de ese rencor; el *pun* es pulla, una pequeña detonación de terror y de tirria, una manera de blandir el *hyphen* como arma: que nos parta no el rayo sino la rayita.

El vilo avilanta. La ingravidez pesa.

Desprovisto de ancla o sostén, el cubano con rayita se torna agrio, *angry*. (Nadie odia más a Cuba que yo).

En inglés se dice que la mejor defensa es una buena ofensa; pues entonces ofendamos, afirma el cubano con rayita.

La audacia del enunciado bilingüe —*You say tomato; I say tu madre*— es un tipo de insolencia; su

ligereza —*An I for an ¡Ay!*— es una forma de pesadez. Vil en el vilo, mordaz en el remordimiento, el cubano con rayita se lanza a triturar el español en la *osterizer* del inglés, y a despedazar el inglés en la batidora del español. Todo por rayar, por rayarse.

He dicho rencor; debiera añadir, vergüenza: la de cambiar la lengua materna por un idioma ajeno. El sentimiento es antiquísimo, pues se encuentra ya en Ovidio, quien desde su exilio al borde del Mar Negro relata que ha compuesto un poema en el idioma de los «salvajes getas». «Me avergüenzo», le escribe a un amigo romano, «pues escribí un librito en lengua gética, acoplando palabras extranjeras a nuestros metros» (*Pónticas*). Al doblar su exilio geográfico en exilio lingüístico, Ovidio comete una suerte de traición; *barbara verba* llama al idioma de los getas. Su vergüenza parece yacer, al menos en parte, en haber tenido la osadía, la avilantez, de hibridizar el hexámetro latino con barbarismos. No por ello, sin embargo, deja de alardear de su éxito al recitar su poema ante los salvajes getas, quienes indican su agrado agitando carcajes llenos de flechas.

La trayectoria de Ovidio cifra la evolución de muchos escritores bilingües. A su llegada a Tomos, se queja de tener que comunicarse por señas porque no entiende la jerga de sus vecinos. Pasado un tiempo, registra

el miedo de que el idioma del país está contaminando la pureza de su latín. Finalmente, al cabo de seis o siete años de exilio, confiesa con vergüenza —no exenta de orgullo— que ha empezado a escribir poesía en gético. Y no nos debe sorprender que, según su testimonio, Ovidio acude al gético para hacer un encomio de los Cesares: su *libellum* no es libelo sino panegírico. Así es la retorcida lógica del exilio, que nos induce a darle la espalda a nuestra lengua de origen para rendirle pleitesía a la cultura que dejamos atrás.

Al inscribirse en un nuevo lenguaje, el autor de las *Metamorfosis* se transforma en romano con rayita, en poeta latino-gético, en el primer *one-and-a-half*. Bárbaro con ritmo, Ovidio también se tambalea. Su noble indecisión, su atribulada latinidad, su incipiente salvajismo nos pueden servir de modelo e inspiración. *Veni, vidi, vilo.*